

Tradición y renovación: la vanguardia en Colombia

Vanguardia es un término ambiguo que todavía hoy se presta a innumerables discusiones en los diversos planos a los que ha sido aplicado. Ligado a una cronología fluctuante que suele asimilarse a los felices y disparatados veinte, no deja de ser un término relativista que exige ser utilizado en correlación a un polo tradicional, sea cual fuere. Por su misma esencia —la innovación a ultranza— está condenado a quemarse rápidamente, hasta el punto de que lo más ácrata puede llegar a convertirse en clásico en breves años. Tal vez eso explique la eclosión de una especie de segunda oleada vanguardista en la década del sesenta, de la que movimientos como el *concretismo* brasileño serían buen ejemplo, y que tuvo especial incidencia en el panorama colombiano objeto de nuestro estudio. La peculiar situación de este país hispanoamericano, que no logró hacer triunfar una auténtica vanguardia en los años veinte debido al peso de la tradición, puede justificar la relevancia que adquirió esta segunda vanguardia en el contexto de la prolífica poesía colombiana. Trataré de bosquejar el panorama de la vanguardia de este país, considerando ambos movimientos como parte de un mismo proceso abierto a la modernidad.

Tal vez convendría comenzar resaltando algunas paradojas que no por conocidas dejan de ser tales. El hecho de que la vanguardia literaria se haya puesto de moda en absoluto supone su difusión entre el gran público. Más aún, la bibliografía sobre el tema se ha ido incrementando en los últimos años, pero de ningún modo agota un período difícil de sintetizar. La excelente antología de Hugo Verani¹, los colectivos y misceláneas, producto de continuados congresos y acercamientos monográficos² y los acercamientos específicos a determinados aspectos como el papel del poeta de vanguardia³, circunscriben un período que todavía se abre al crítico como un reto. En el caso más específico de Colombia, la reivindicación vanguardista

¹ Las vanguardias literarias en Hispanoamérica. Roma, Bulzoni, 1986.

² Merece la pena citarse: Varios: Movimientos literarios de vanguardia en Iberoamérica. Memoria del XI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. México, Universidad de Texas, 1965; y la Revista Iberoamericana. Pittsburgh, enero-junio 1982, n.º 118-9 monográficamente dedicada al tema.

³ Cfr. al respecto: Paz, Octavio: Los hijos del limo. Barcelona, Seix, 1974; y Yurkievich, Saúl: A través de la trama. Sobre vanguardias literarias y otras concomitancias. Barcelona, Muchnik, 1984.

corresponde a las dos últimas décadas y va ligada a nombres como el del profesor y crítico Armando Romero⁴. Se proyecta sobre el telón de fondo de una abigarrada producción poética que definió al país desde sus orígenes. Románticos y modernistas en el XIX son el precedente inmediato de sucesivas oleadas poéticas que en nuestro siglo pueden agruparse así: *Centenaristas* (1910), *Los Nuevos* (1920), *Piedra y Cielo* (1930), *Cántico* (1940), *Mito* (1950), *Nadaísmo* (1960) y *Generación sin nombre* (1970). Como ha señalado con acierto Darío Jaramillo Agudelo, «los únicos grupos, verdaderamente grupos, de todo el esquema anterior, fueron Piedra y Cielo (claramente influenciados por la poesía española y por Neruda) y el Nadaísmo (...). Los demás son rótulos que no resisten el mayor análisis...»⁵. De ellos se entresacan una serie de nombres para una hipotética «antología de la poesía colombiana del siglo XX: López, De Greiff, Vidales, Álvaro Mutis, Cote, Gaitán, Equis, Rivero y Cobo...»⁶.

Con todas las reservas —grupo o no grupo, vanguardia o no vanguardia— habrá que centrarse en la labor desempeñada por *Los Nuevos* y el *Nadaísmo*. En ambos, como en la mayoría de las vanguardias, la literatura es mucho más que un texto escrito, es una forma de vida. Las décadas del veinte-treinta contemplan profundos cambios en la sociedad colombiana, desde las reformas políticas del primer gobierno de López Pumarejo, hasta el crecimiento urbano que transforma la tradicional sociedad y economía agrarias. Con los millones de la indemnización americana por el canal de Panamá se puso en marcha la denominada «república financiera» que potenció la industrialización y el estudio de las ciencias económicas y sociales. Colombia intentó alejarse de la república literaria de años anteriores, con ministros poetas y presidentes humanistas. La renovación que en su día supuso el modernismo, todavía inmerso en ese modelo, daba sus últimos coletazos...⁷ Había tenido un precursor en José Asunción Silva y un poeta que la realizó en toda su plenitud, Guillermo Valencia. Silva que entre 1884 y 1886 vivió en Londres, París y Ginebra, había entrado en contacto con los simbolistas cuyas teorías se habían difundido paralelamente a la aparición de sus textos: 1866: *Poèmes saturniens* de Verlaine; 1873: *Une saison en enfer* de Rimbaud; 1876: *L'après-midi d'un faune* de Mallarmé; 1885: *Les complaintes* de Lafforgue y en 1886 el manifiesto de Moréas. Su predilección por estos autores y el profundo conocimiento de las teorías de Edgar Allan Poe le sitúan en la encrucijada que producirá los movimientos artísticos del siglo XX.

En cuanto a Guillermo Valencia, poeta de insuperable maestría formal y gran sentido de la plasticidad, hizo triunfar en sus *Ritos* (1898) una brillante concepción arquitectónica del poema, heredada de Grecia y que influyó poderosamente en la generación siguiente, la del *Centenario*. Ésta se

⁴ Aunque irán apareciendo a lo largo del trabajo varias de sus aportaciones, citaré aquí una visión de conjunto aparecida en el monográfico sobre la vanguardia: Romero, Armando: «Ausencia y presencia de las vanguardias en Colombia» (en Revista Iberoamericana, op. cit., págs. 275-288).

⁵ Jaramillo Agudelo, Darío: «Notas introductorias para una (im)posible antología de la poesía colombiana» (en Eco. Bogotá, tomo 35/4, agosto 1979, n.º 214, págs. 425-426).

⁶ *Ibidem*, pág. 434.

⁷ Para esta parte sigo con fidelidad un trabajo anterior: Caballero Wanguemert, María M.: «León de Greiff en el contexto de la vanguardia colombiana» (en *Philologia hispalensis*. Sevilla, 4, 1990, págs. 67-83).

dio a conocer en torno a 1910 y, en realidad, más que un grupo abanderado bajo una consigna particular, representaba —según Romero—⁸ la inteligencia colombiana de la época. Es una generación nacionalista, marcada por dramas como la guerra de los mil días y la dictadura de Reyes, que «se había propuesto armonizar la civilización política y cultural con el futuro desarrollo del país»⁹, buscando un sincretismo pacífico; y a ejemplo de Valencia —importante figura de la política nacional, jefe de partido, orador parlamentario y candidato por dos veces a la presidencia del país, se comprometió en la vida pública hasta el punto de configurar su fisonomía. En esta línea destacaron los liberales Alfonso López y Eduardo Santos y el conservador Laureano Gómez, todos ellos presidentes colombianos. El ámbito en que se movieron determinó que se vieran afectados por el peor modernismo, salvo honrosas excepciones entre las que se cuenta Eduardo Castillo, poeta de gran cultura y sensibilidad romántico-simbolista; y José E. Rivera quien tres años antes de derramarse poéticamente en *La vorágine* (1924) había publicado los sonetos de *Tierra de promisión* caracterizados por el lirismo con que se presenta el trópico.

Por edad, *Los Nuevos* constituyen la generación siguiente a la centenarista, la de los nacidos entre 1894 y 1908. Salen a la palestra literaria como grupo en torno a la revista homónima que se lanzó el 6 de junio de 1925 en Bogotá y de la que se llegaron a publicar, andando el tiempo, cinco números. En él figuraban: Alberto Lleras Camargo (su director), León de Greiff, Rafael Maya, Felipe Lleras Camargo, Germán Arciniegas, Eliseo Arango, Jorge Zalamea, José Mar, Manuel García Herreros y Luis Vidales... Posteriormente se les sumaron otros más jóvenes afines a la nueva sensibilidad, entre los que cabe señalar a Juan Lozano y Lozano, Germán Pardo García, José Umaña Bernal, Rafael Vázquez, Octavio Amórtegui y Alberto Ángel Montoya.

Este amplísimo elenco marca la ruptura al elegir el nombre de su grupo, *Los Nuevos*. En general los vanguardistas «hacen hincapié en la poesía como fenómeno histórico, como devenir y no como ser. Para ellos los poetas se dividen, no en malos y buenos, sino en viejos y nuevos. Bueno es ser poeta nuevo, mejor todavía es ser poeta novísimo, palabra predilecta de los críticos de la época»¹⁰. Se entenderá entonces que entre los jóvenes prime el deseo de romper con el anquilosado panorama de la cultura del país apoyándose en lo que llega del exterior. Son los años del creacionismo (1916), del ultraísmo argentino (1921-1927) y del estridentismo mexicano (1922-1926). Respecto de México hay constancia de las relaciones establecidas por Zalamea a partir de su viaje de 1926 con todo el grupo de *Contemporáneos* (1928-1931). Y a la inversa, existen datos que confirman la íntima amistad de alguno de esos últimos como Carlos Pellicer, con León de Greiff, aprovechando viajes que el mexicano realizó hacia Colombia. Porque poco a poco

⁸ Cfr. Romero, Armando: «Ausencia y presencia...» (en Revista Iberoamericana. Pittsburgh, op. cit. Se sitúa de modo bastante pormenorizado la poesía en el contexto sociopolítico.

⁹ Charry Lara, Fernando: «Los poetas de "Los Nuevos"» (en Revista Iberoamericana. Pittsburgh, julio-diciembre 1984, n.º 128-129, pág. 641).

¹⁰ Bary, David: «En torno a las polémicas de vanguardia» (en Movimientos de vanguardia..., op. cit., pág. 25.

se entablaban tímidas conexiones con otros países hispanoamericanos, tratando de superar la secular dependencia trasatlántica cuyo influjo se extendía hacia Hispanoamérica a través de revista como la *Nouvelle Revue Française* y la *Revista de Occidente*.

Estudiados desde la óptica actual hay que llegar a la conclusión de que sus atisbos fueron, cuando menos, incompletos. Quizá la obra de sus mejores prosistas (Jorge Zalamea, Germán Arciniegas, Lleras Camargo, Hernando Téllez y Eduardo Zalamea Borda) acoja innovaciones de la literatura francesa, inglesa y norteamericana con mayor entusiasmo que la de sus poetas... Téllez (1908-1966), uno de los más jóvenes, sobresalió por lo lúcido y penetrante de sus juicios sobre la situación nacional en ensayos como *El reino de lo absoluto*¹¹. En él plantea la inexistencia de una crítica y una tradición literaria producto del intelectual, del trabajo del creador quien, de alguna manera, se ve maniatado por la fanática absolutización política que ha regido el país en el último siglo. En cuanto a Germán Arciniegas (1900), sociólogo, historiador y ensayista o mejor representante de un «género nacido del periodismo moderno que se suele llamar *feuilleton*» —como dice Rafael Gutiérrez Girardot—¹² se convirtió en un hombre de proyección internacional a partir de sus obras: *América, tierra firme* (1937), *El caballero de El Dorado* (1942), *Biografía del Caribe* (1945) y *En medio del camino de la vida* (1949) por citar las más populares. Su destreza y amabilidad narrativas las vierte en una especie de biografías noveladas con las que se adelanta a una de las tendencias más en boga hoy.

Como los anteriores, a Jorge Zalamea Borda le llega el triunfo literario años después. Primero se desenvuelve como intelectual de su generación, demostrando madurez ética en su *Carta a Alberto Lleras Camargo y Francisco Umaña Berbal* (1933). Las conclusiones de su colaboración desde puestos públicos se tradujeron en sendos informes: *El departamento de Nariño: Esquema para una interpretación sociológica* (1936) y *La industria nacional* (1938) en que enjuiciaba ésta última desde su puesto de secretario general de la presidencia. Su aportación a la literatura pasa por las magníficas traducciones de Saint-John Perse publicadas en el 46 bajo el título de *Lluvias, nieves, exilio*. Enriquecieron el panorama cultural del país, confirmando un cuño peculiar a su prosa de la que se ha difundido especialmente una novela *El gran Burundún Burundá ha muerto* (1952). Hoy es comúnmente aceptado por la crítica que el realismo mágico tan característico de Gabriel García Márquez hunde sus raíces, por lo que a Colombia se refiere, en este escritor.

Hay que reconocer que la diplomacia, el poder y la política alejaron a varios de la creación literaria hasta el punto de quedar captados por los centenaristas de cuyas doctrinas habían sido furibundos detractores. José

¹¹ Publicado en revista *Mito*, I, junio de 1955, n.º 2.

¹² Cfr. Gutiérrez Girardot, Rafael: «La literatura colombiana 1925-1950» (en *Eco. Bogotá*, tomo 35/4, agosto 1979, n.º 214, págs. 390-423).